

tencias el reconocimiento de su dinastía como *ultimum* de la Francia: «No, le contestó, los aliados tienen demasiado interés en imponeros á los Borbones para que consientan en coronar á mi hijo. El nombre de los plenipotenciarios desmiente sus instrucciones. La Fayette, Pontecoulan y Sebastiani son enemigos míos, han conspirado contra mí; los enemigos del padre no pueden ser amigos del hijo. Por otra parte, las Cámaras obedecan á Fouché. Si ellas me hubieran dado lo que á él prodigan, yo habría salvado la Francia. Mi sola presencia al frente del ejército hubiera hecho mas que todas vuestras negociaciones.» Olvidaba que él mismo habia abandonado á ese ejército, en el que su presencia, efectivamente, hubiera podido servir aun para combatir ó negociar. «Solo yo, repetía sin cesar, podría repararlo todo; pero vuestros gobernantes preferirían lanzarse en el abismo á salvarse conmigo.»

Estos gobernantes eran sin embargo, todos los hombres del 20 de marzo, sus ministros, sus mariscales, sus lugartenientes, sus partidarios, que habian aventurado con él y por él el último ejército de la Francia. Pero la ambición no se satisface jamás si no se la sacrifica hasta la patria!

La afectación de que hacia alarde considerándose en perfecta libertad de prolongar su estancia en la Malmaison, tenia evidentemente por objeto el esperar todavía alguna reaccion á su favor. En las conversaciones reservadas con sus confidentes mas íntimos, Caulaincourt y Maret, hablaba ya de retirarse á Inglaterra para reclamar la hospitalidad de un pais libre. Maret le disuadió.

Caulaincourt le aconsejó que, en el caso de adoptar este partido, no perdiese momento para asegurar el éxito, embarcándose en un barco contrabandista para abordar las costas de Inglaterra, y conseguido esto, que se presentase ante el primer magistrado del lugar donde desembarcase para invocar la proteccion que la Inglaterra

otorga á todo extranjero que pisa su suelo. Habiendo oido á ambos volvió á meditar y pareció que se inclinaba á optar por la América. Envio á pedir al ministro de Marina la lista de los buques americanos que habia anclados en nuestros puertos, y se la remitieron.

«Llamo, señor, muy especialmente vuestra atencion, le decia el ministro en la carta que contenia estas noticias, sobre un buque americano estacionado en el Havre; su capitán se halla en mi antecámara, su coche enganchado á mi puerta; va á partir, respondo de él, aguarda vuestras órdenes; mañana, si quereis, estareis en alta mar bajo un pabellon secreto, al abrigo de los ataques de vuestros enemigos.»

Caulaincourt, interesado como miembro del gobierno en librar á la Francia del peligro á que la esponia la presencia de su señor, y comprometido como amigo de Napoleon y por su propio honor á responder de su seguridad, insistió vivamente en que el emperador aprovechase esta ocasion providencial para alejarse. «Sé muy bien, le contestó Napoleon con injusta acritud, que se querria verme ya en camino para desembarazarse de mí y hacerme caer en manos de mis enemigos.» Un gesto de indignacion y reproche que hizo Caulaincourt, dió margen á que el emperador le dijese que no pensaba en él al pronunciar tales palabras. «Y sobre todo, ¿qué tengo que temer? repitió de nuevo á su antiguo ministro, á la Francia cumple el protegerme.»

## XV.

Entretanto las Cámaras instaban para que el gobierno alejase en él la rémora á las negociaciones, el pretesto para la agitacion de Paris, el tribuno todavía peligroso del ejército. Instado á su vez el emperador por el



gobierno, contestó que estaba pronto á embarcarse para los Estados Unidos con su familia, si se le facilitaban dos fragatas. El ministro de Marina dió al instante las órdenes para que se armasen, y Mr. Bignon, ministro de Negocios Estrangeros, reclamó salvo-conductos á lord Wellington.

Pero el gobierno y las Cámaras, en vista de la vacilacion de Napoleon, y temiendo, segun los multiplicados indicios que recibian de la Malmaison, que tanta indecision y tanta lentitud fuesen táctica premeditada para consumir tiempo y espisar la ocasion de hacerse arrebatado por un cuerpo de ejército, ó para ponerse personalmente al frente de un movimiento militar que renovaria el incendio y echaria abajo á las Cámaras, se decidieron á hacerle vigilar por un comandante militar de su residencia, coonestando solo á medias la cautividad con los honores tributados á su antiguo rango.

El general Becker, cuñado del general Desaix, muerto en Marengo al decidir la primera victoria de Napoleon, recibió la orden de personarse en la Malmaison y de tomar el mando de la guardia del emperador, dándola el carácter de guardia de honor responsable de la seguridad del príncipe destronado. Mas al propio tiempo se le impuso el deber de impedir que el nombre ó la persona del emperador sirviese para escitar turbulencias.

Davout, ministro de la Guerra ó investido del mando en gefe del ejército despues de la abdicacion, intimó al general Becker las órdenes á la vez respetuosas y severas, anejas á semejante mision. Adicto á Napoleon, pero mas aun á su patria y á sus deberes de soldado, recibió estas órdenes con sentimiento y las cumplimentó de una manera conveniente y leal. Pero Napoleon no podia dejar de comprender su verdadera significacion, y desde luego vió en ellas la primera amenaza de los extremos á que podian arrojarse las Cámaras, sus enemigos y aun sus amigos en el gobierno, si prolongaba su indecision. In-

dignóse al pronto, como en Fontainebleau y en el Eliseo, pero luego se doblegó aparentando la mayor indiferencia y hasta cierta indulgencia, como si hubiese querido ocultar á sus propios ojos la situacion á que se hallaba reducido, dando á entender que mandaba cuando se veia compelido á obedecer. Sus allegados llegaron á temer en cosas mas siniestras: hablábase de una orden de detencion y de prision de Estado.

Gourgaud, jóven apasionado, cuya adhesion se aumentaba con la adversidad, como es propio de almas nobles, juró traspasar al primero que osara poner la mano sobre su señor. Todo era llanto en el cuarto de la reina Hortensia.

XVI.

Enternecido Becker á la vista del emperador, avergonzado de su mision de rigor, y no siendo dueño de la emocion que escitaba en su corazon sensible la perspectiva de esta decadencia, se acercó á Napoleon con respetuosa compasion. Parecia pedirle perdon de la severidad y los contrastes de la fortuna. Napoleon le llevó á los jardines, y con el abandono de la familiaridad le preguntó lo que pasaba en Paris. Becker le contestó con esa adulacion respetuosa que la compasion autoriza para con la adversidad irremediable. Mas á pesar de todo no pudo dejar de decir á su antiguo general, que si no hubiese abandonado su ejército despues de Waterloo, hubiera podido, si no vencer, intimidar á la vez á Paris y al estrangero, ya al frente de sus fuerzas ó detrás de los muros de Strasburgo, y dando tiempo á los negociadores asegurar su herencia á su hijo y mejores condiciones á la Francia. «Esperaba otra cosa de las Cámaras y de la Francia, contestó por escusarse el emperador; pero me



he apercibido demasiado pronto de que todo estaba gastado y desmoralizado.» Becker tomó el mando de la residencia del emperador.

Al día siguiente conferenció de nuevo con Napoleón, que había variado de modo de pensar durante la noche, y no hablaba mas que de partida. Envió á Savary para activar cerca del gobierno el armamento de las dos fragatas. Fouché le dijo que ya estaban prestas, pero que no permitiría que saliesen á la mar hasta que llegasen los salvo-conductos, pues no quería deshonrar su memoria por una imprudencia que se calificaría de asechanza y traicion, si las fragatas fuesen apresadas con Napoleón al salir del puerto. El mismo Carnot se impacientaba de estas alternativas del emperador, que tan pronto instaba como repulsaba, y contestó con acritud á Savary: «Aquí no se quiere poner obstáculos á su partida; lejos de eso, lo que se desea es tomar medidas para que no vuelva jamás» Caulaincourt, por su parte, rogó á Savary que persuadiese al emperador de la conveniencia y necesidad de que partiese sin mas dilacion. «Decidle, añadió, que yo se lo suplico, y que por mucho que se apresure todavía tardará.»

## XVII.

En la noche del 27, abrumados Fouché y sus colegas por la doble responsabilidad que sobre ellos pesaba por la presencia de Napoleón, funesta á la patria si se escapaba, funesta á su reputacion si caía en manos del enemigo, ordenaron al ministro de la Marina que se personase en la Malmaison á manifestar al emperador que las fragatas puestas á su disposicion estaban prontas, y que se le suplicaba se embarcase aun antes de recibir los salvo-conductos. Una hora despues se revocaba esta orden.

A consecuencia de los progresos de los aliados alrededor de París y de la Malmaison, y de los ingleses por la costa, dió Fouché orden al ministro de la Guerra, Davoust, para enviar al general Becker gendarmes y tropas para vigilar la residencia de Napoleón y prevenir su evasion. Becker, á tenor de estas nuevas órdenes, que estrechaban el cautiverio del emperador, estaba autorizado tan solo á escoltarle sin perderle de vista á la isla de Aix, donde debía embarcarse, ó permanecer vigilándole hasta que el mar quedase libre ó hasta que fuesen otorgadas las seguridades pedidas á los ingleses para su fuga por mar: Fouché, Davoust y el gobierno alejaron al mismo tiempo de la Malmaison, bajo diferentes pretextos de servicio militar ó civil, á los oficiales del cuarto del emperador que podian secundar sus designios de resistencia al destierro, y fomentar en su ánimo, ó entre las tropas vecinas, ideas de levantamiento contra la abdicacion.

Diezmada así su corte, tanto por las medidas del gobierno como por esa soledad natural que se va creando en torno á las desgracias sin esperanza, no se componía mas que de los hombres mas irremediamente comprometidos en su vuelta de la isla de Elba; Maret, Lavalette, Flahaut, Gourgaud, Bertrand, Montholon, Savary, Las-Cases. Este último, antiguo emigrado de una familia cortesana, no era mas que un simple chambelan admitido en la servidumbre de honor del palacio, y mas tarde en el consejo de Estado despues de su regreso del extranjero. Ninguna complicidad tenia en la nueva tentativa de imperio. Mas inclinado por su nacimiento y relaciones á los Borbones que al nuevo reinado, era un voluntario de la desgracia imperial. Hombre de estudio, familiarizado con la historia, sabia que la mas oscura lealtad recibía de los grandes hombres á quienes se dedicaba en los reveses memorables, un reflejo de grandeza y de inmortalidad. Meditaba ser un día el historiador



de este destierro, sobre el que el mundo y la posteridad iban á fijar para siempre la vista. Halagando este pensamiento, aspiraba á obtener un lugar en el infortunio de Napoleón, como otros y él mismo lo hubieran solicitado en su prosperidad. Noble cortesano, que habia obtemperado al imperio por ambición, é iba á lisonjear al destierro por la vanidad de la adhesión! Solo conocia de vista al emperador en los palacios, y el emperador no le conocia mas que de nombre.

XVIII.

El general Becker manifestó al emperador cuán rigurosas eran las órdenes que acababa de recibir. Pero repugnándole este papel de carcelero que le obligaban á desempeñar estas órdenes, fué á Paris para saber en qué se apoyaban, ú obtener que se dulcificasen por los mismos individuos del gobierno. Diósele de nuevo la orden de apresurar la partida de Napoleón y de acompañarle á la isla de Aix, en la rada de Rochefort, recibiendo un pasaporte en que Napoleón estaba incluido como su secretario. Temianse las emociones del pueblo en pró ó en contra del emperador durante el viage. ¿Tenia Becker instrucciones secretas para esta eventualidad? Señora. Este general demostró en el delicado y complejo cumplimiento de sus deberes, tal mesura y tal lealtad, que conciliaron siempre en él los sentimientos del militar obediente á su patria y del hombre sensible respetando su dignidad y la dignidad de la desgracia. A su regreso á la Malmaison comunicó las órdenes de partir y el pasaporte al emperador. «Héme aquí vuestro secretario, dijo con resignación el prisionero.—Si, señor, replicó Becker enternecido, pero á mis ojos siempre sois mi soberano.»

XIX.

Aparentóse hacer los preparativos para la partida; pero todo denunciaba en Napoleón que estos preparativos y esta resignación eran simulados, y que se aguardaba un pretexto para insurreccionarse contra la necesidad. El emperador habia podido muy bien desprenderse hasta la Malmaison los lazos que le adherian al imperio, pero no podia resolverse á romperlos de hecho ausentándose. Confiaba en algo, é imprevisto y desconocido, esperaba lo imposible. Aproximábanse cada dia mas á él los primeros cuerpos del ejército de Grouchy, rechazado por los prusianos y los ingleses.

Un general de caballería osado, intrépido, cuya sola patria eran los campos de batalla, para quien no habia mas gobierno conocido que el emperador, meditaba arrebatarse á su antiguo general, proclamarle de nuevo entre sus escuadrones, rodearle de ochenta mil hombres que, pobres restos de la última campaña, andaban esparcidos, y encomendar otra vez á su genio la lucha á muerte contra el estrangero mas allá del Loira. Era Excelmans, cuya falta contra la disciplina y arresto inmediato por Soult y desgracia popular, hemos visto durante la primera restauración.

Excelmans envió á la Malmaison uno de sus coroneles llamado Senecer para inclinar el ánimo de Napoleón á tomar parte en este acto de noble desesperación. «El ejército del Norte, dijo el coronel en nombre de su general, está intacto y adicto aun con pasión á vuestra persona. Es fácil reunir á este núcleo de tropa cuanto reste de patriotismo y de gente armada en Francia. Nada hay desesperado con tales tropas al mando de tal jefe.» El emperador reflexionó, y cual lo habia hecho constante-



mente durante cuatro meses, apenas se vió en presencia de su esperanza, cuando la abandonó por otra, se retrajo á vista de los obstáculos y se redujo á la resignación. «Dad gracias á vuestro general, dijo al enviado de Excelmans, pero decidle que no puedo aceptar su proposición. *Necesitaria que la Francia me sostuviese, pero está desconcertada; nadie lo quiere ya!* ¿Qué haría yo solo con algunos soldados contra la Europa?» De este modo confesaba con la sinceridad de un soldado lo que no cesaba de negar en el lenguaje oficial del hombre político á la faz del gobierno, de las Cámaras y del pueblo. A estos afirmaba que él solo podía salvarlo todo dándole animación y vida, al paso que declaraba á Excelmans que nada podía hacer ya por la patria, por el ejército y por sí mismo. Había ya adoptado dos lenguajes, uno para el exterior otro para la intimidad. Su objeto era aparecer víctima del abandono de los hombres, cuando no era mas que juguete de la imperiosa necesidad de las circunstancias; así engañaba á la historia, pero no se engañaba á sí propio.

Entretanto el enemigo iba á bloquearle y acampaba ya en Compiègne. Un destacamento de caballería podía atravesar el Sena y arrebatarle. Oíase el cañon desde sus mismos jardines. A este ruido pareció que se reanimaba, pidió sus armas y caballos, como si la resolución de morir con los que morían tan cerca de él y por él, triunfase al fin en su ánimo de la languidez en que hacía tantos días que se adormecía. Llamó al general Becker á su gabinete. Sentíase poseído de la fiebre del soldado que oye tronar el cañon. «El enemigo en Compiègne y en Senlis! le dijo con desesperado acento, mañana estará

á las puertas de París. No puedo concebir la ceguedad del gobierno, preciso es ser insensato ó traidor á la patria para dudar de la mala fé y del extranjero. Estas gentes, añadió aludiendo á las Cámaras y al gobierno, no entienden un ápice sus negocios.»

Al hablar así, esperaba oír una palabra de aprobación al general Becker, pero éste se callaba, no queriendo inculpar al emperador por estos desastres, ni dar pábulo en su mente á ideas que podían agravarlo todo. El emperador aparentó comprender que este silencio significaba aquiescencia á sus opiniones, y continuó: «Todo está perdido ¿no es así? Pues bien: ya en este caso, que me hagan general. Mandaré el ejército; voy á estender la pelicion.» Luego tomando por adelantado y de repente el tono de quien manda, y que impide toda objecion con la autoridad del acento: «General, dijo; vais á ser portador de mi carta al gobierno. Marchad al instante. Ahí teneis un coche. Explicadles que mi intencion no es volver al poder, que solo quiero batir al enemigo, aniquilarle, forzarle, venciéndole, á mejores condiciones, y que obtenido este resultado, proseguiré mi camino. Marchad, general. Cuento con vos.» Y como si hubiese querido tentar la infidelidad de Becker con la perspectiva de un gran favor, precio de su complacencia, añadió al despedirle: «Ya no os separareis de mí.»

## XXI.

No sabia Becker que continente tomar, pero dominado por el ascendiente de aquella voz que estaba acosumbrado á obedecer, no se atrevió á resistir de frente, y partió para cumplir una mision de cuya inutilidad nadie estaba mas persuadido que él. Al llegar á las Tulle-rias presentó tímidamente el mensaje de su prisionero al gobierno reunido.



«Al abdicar el poder, decía en este mensaje, no he renunciado al mas noble derecho de un ciudadano; al derecho de defender mi país. La proximidad de mis enemigos á la capital no deja la menor duda acerca de su intencion y de su mala fé. En tan graves circunstancias, ofrezco mis servicios como general, considerándome aun como el primer soldado de la patria.»

Esta carta, fútil en el fondo, aunque noble en los términos, denunciaba bastantemente la intencion completamente popular con que se habia escrito. ¿Quién podia dudar que el enemigo á quien Napoleon mismo habia hecho frente en el suelo extranjero, concluiria su victoria conculcando al agresor sobre el suelo francés? ¿Dónde estaba, donde se notaba la mala fé de Wellington y de Blucher vencedores, que no habiendo consentido armisticio alguno avanzaban sobre París? Y finalmente, ¿cómo podia Napoleon tener mas ascendiente sobre la fortuna siendo general y al frente de los restos del ejército por él mismo abandonados dias antes, que el obtenido siendo á la vez emperador y general, á la cabeza de sus cuerpos de ejército intactos, belicosos, reunidos y sujetos á su sola voluntad?

Fouché recibió, como presidente, la carta, de manos del tímido Becker, la leyó en voz alta ante el consejo, con el acento y el gesto de quien se siente importunado por un demente, y arrojándola despues sobre la mesa, dijo: «¿Se burla este hombre de nosotros? Sin duda, añadió fijando en Becker una penetrante mirada que denunciaba sus sospechas, esta carta no es mas que una especie de deferencia hácia las Cámaras, y á estas horas se ha evadido ya de la Malmaison, pasa revista á sus soldados y les arenga contra nosotros? Becker juró que el emperador aguardaba su vuelta y su respuesta.»

Deliberóse en breves palabras. Solo Carnot se inclinó al principio á aceptar el antiguo pensamiento de reintegrar al emperador, por un momento, al frente del

ejército. Fouché demostró que Napoleon era la única causa de la guerra; que su presencia al frente de las tropas equivaldria á desaliar de nuevo á la Europa y serviria de invencible obstáculo á toda ulterior transaccion en beneficio del mismo ejército y de la patria. Añadió que en el carácter de Napoleon no era creible un desprendimiento duradero del poder, y que si obtenia bastantes probabilidades para remontarse por tercera vez á su trono, arrastraria en su última é inevitable caída al ejército, á la capital, al país y á la integridad misma de la patria.

Carnot, Caulaincourt, Davout y todos los miembros del gobierno, reconocieron sin vacilar la solidez de las consideraciones producidas por Fouché, y para atenuar la dureza de la repulsa y convencer á Napoleon por medio de un hombre de cuyos sentimientos y palabra no dudaba, se encargó el mismo Carnot de reproducir en la Malmaison estas mismas consideraciones con menos acritud, aunque con la misma perentoriedad.

## XXII.

Creyendo, ó aparentando creer el emperador en el consentimiento del gobierno, se habia vestido, durante la corta ausencia de Becker reunió sus ayudantes, se despidió de Hortensia é hizo ensillar sus caballos de batalla que le esperaban á la entrada del palacio.

Entrególe Becker la respuesta del gobierno, y despues de leerla, arrojándola con desden, dijo: «Ya lo sabia de antemano; estas gentes no tienen energía. Ea, pues, general, añadió dirigiéndose á Becker como si estuviese seguro de él, toda vez que sucede lo que me pensaba, partamos inmediatamente! partamos!!»

Mas embarazado á cada momento, Becker adoptó



partido de estarse quieto y callar. El emperador llamó á Mr. Flahaut, mas jóven, mas decidido á ceder en todo al emperador ó á imponerlo todo en su nombre, ordenóle que corriese á París para concertar decididamente con el gobierno su marcha al ejército. Mr. de Flahaut obedeció: Al entrar en las Tullerías se encontró con el mariscal Davout, ministro de la Guerra, hombre de campamentos, leal hasta los límites en que la lealtad se convertia en traición á su patria. Davout, firme en sus resoluciones, rudo en su lenguaje, rechazó enérgicamente la teatativa de Flahaut, diciéndole con el acento y la impaciencia de un marcado disgusto: «¿Conque vuestro Bonaparte no quiere partir? Pues preciso es que se decida, porque su presencia lo complica y lo perturba todo, y con él no podemos negociar ni combatir. Si acaso se lisonjea en creer que le volveremos á proclamar señor y jefe, decidle que se engaña; que para al instante, ó de lo contrario nos veremos en la dura necesidad de arrestarle; y si es preciso, para salvar la patria y el ejército, yo mismo le prenderé.»

El ayudante del emperador contestó al mariscal, que le respetaba demasiado, á la vez que se respetaba á sí propio, para dar cuenta al emperador de tales amenazas procedentes de uno de sus lugartenientes, que ocho dias antes recibia sus órdenes y hacia alarde del mayor celo en su servicio. Davout le replicó con la autoridad de un ministro de la Guerra sobre un subordinado, y le mandó marchar á Fontainebleau á esperar órdenes. «De ningún modo iré, contestó Mr. de Flahaut, no abandonaré bajo pretexto alguno al emperador, y conservaré hasta el último momento la fidelidad que otros le han jurado.— Pues yo os castigaré, exclamó Davout.— Y yo á mi vez os quito el derecho de hacerlo, replicó el jóven ayudante, porque hago ahora mismo dimision de mi empleo, y desde este instante solo tengo que obedecer á lo que exija mi honor.»

En la fisonomía del ayudante de campo notó desde luego el emperador las huellas de su dolor; pero á pesar de esto, quiso saber todos los detalles y el ayudante se los refirió. «¿Que venga! exclamó Napoleón, dispuesto estoy si es preciso á entregarte mi cabeza!» En seguida despidió á los escuderos, hizo retirar los caballos y fué á lo mas intrineado de los jardines á exhalar sus quejas entre sus últimos cortesanos.

«Eso's hombres están desvanecidos con su papel de soberanos,» dijo á Maret, «conocen que colocándome al frente del ejército no serian mas que mi sombra. En su neeja importancia y en su orgullo apenas pueden sufrirme. Pero todo lo perderán.» «Como si no estuviese ya perdido todo!

De vez en cuando hacia alarde, ó afectaba ceder al impulso de ciertas inspiraciones de energía despues de extrañas debilidades, como Tiberio negociando con el senado, ya por medio de la resignacion ó por la insolencia. «¿Y por qué les he de dejar reinar?» exclamaba con nerviosa é irritable impaciencia; yo he abdicado á favor de mi hijo; si mi nombre ha de perderse, quiero acabar con él mejor sobre el campo de batalla, y no aqui en la inaccion. Lo mejor que puedo hacer en pró de mi hijo y por mi honor, es lanzarme entre mis soldados. Mi aparicion electrizará al ejército y aterrará al enemigo.»

Sin recordar que la vispera habia desechado, despues de meditarlo, este mismo medio que le ofrecia la heroica temeridad de Exelmans, continuaba: «Sabiendo los enemigos que no he reaparecido en la lid mas que para aniquilarlos ó morir, os concederán cuanto les pidais por librarse de mí. Si por el contrario, me dejais aqui enmohe-



cer la espada, os despreciarán y os vereis obligados á recibir humildemente á Luis XVIII. Por último, si vuestros cinco emperadores, aludiendo á los cinco miembros del gobierno, no me aceptan para salvar la Francia, obraré sin su consentimiento, y con solo presentarme, París y el ejército me recibirán por segunda vez como libertador. —Así será, señor, contestaba Maret, acostumbrado á creerlo todo posible en la omnipotencia de su amo; pero si la Cámara os declarase fuera de la ley... si la fortuna no fuese favorable, ¿qué sería de V. M?»

«Vamos, replicaba el emperador, tan dócil en ceder aparentemente á los consejos de la amistad, como á rebelarse de nuevo contra el destino, ¿veo que es preciso ceder!... Teneis razon, no debo tomar sobre mí la responsabilidad de una resolución tan trascendental. Debo esperar que la voz del pueblo, de las Cámaras y de los soldados me llame... Y como si hubiese aguardado en el instante ese imaginario grito de la opinion pública, decía: pero ¿cómo no me ha llamado aun París? ¿No se aperciben de que los enemigos para nada tienen en cuenta mi abdicacion?... Ese infame Fouché os engaña! La comision, engañada á su vez, se deja conducir á ciegas por él. Dia llegará en que sufrirá cargos bien amargos!... Solo hay en ella dos personas que valgan algo, Caulaincourt y Carnot; pero están mal asociados. ¿Qué pueden estos dos hombres decididos y leales contra un traidor, dos imbéciles y dos cámaras que giran segun el viento que sopla en las regiones del poder? Todos vosotros, tan necios como torpes, ¿creeis en las promesas y en la generosidad de los estrangeros? ¿Creis que os van á dar el principe que deseais? ¿cuánto os engañais! Alejandro obedecerá á los ingleses, y el Austria no tendrá mas voluntad que la de Alejandro!...»

Algunos generales de los que se hallaban mas comprometidos por los sucesos de marzo, y que mas temian a vuelta de los Borbones, recurrieron á él pidiéndole recursos para salvarse, y aunque en cantidades no muy crecidas, se los facilitó por medio de Hortensia, que temia que semejantes exigencias refluyesen en perjuicio de la seguridad de su suegro.

Por medio de uno de sus secretarios intimos, á quien habia comisionado para inquirir noticias, supo que el enemigo llegaba ya por tres puntos diferentes á los muros de París, y que era tiempo de pensar en su seguridad personal. «Mañana ya nada tendré que temer, contestó al que le daba aquella nueva; he dispuesto partir esta misma noche, pues estoy hastiado de mí mismo, de París y hasta de la Francia entera: preparaos por lo tanto á seguirme.» El secretario pretendió excusarse con su edad y con los achaques de su madre, y Napoleon hizo como que se daba por satisfecho de tales excusas que se multiplicaban sin cesar en torno suyo.

«No necesito mas que un viento favorable y que la suerte me proteja, decía con acento resuelto y ánimo resignado; me dirigire á América, allí me cederán algunas tierras, ó bien las adquiriré y me dedicaré á su cultivo; de este modo acabaré por donde el hombre ha empezado, y vivire del producto de mis tierras y de mis ganados.» Y habiéndole ocurrido á su confidente presentar algunas objeciones con motivo de la inmiencia de los Estados Unidos de la Europa: «Pues bien, le repuso, marcharé á Méjico á ponerme á la cabeza de los independientes, y atravesando mares y rios, no me detendré hasta encontrar un asilo contra el odio y la persecucion de los hom-



bres. Y á la verdad, ¿qué quereis que haga? ¿He de dejarme acaso prender por Wellington como si fuera un chico para dar mayor realce al triunfo que le aguarda en Londres? No me queda otro partido que el de retirarme: lo demas queda á cargo del destino. Yo podria tambien darne la muerte diciendo como Anibal: Vamos á librarles del terror que les inspiro! Pero el suicidio es digno solamente de almas débiles y de mezquino temple. En cuanto á mí, podré decir que cualquiera que sea la suerque me esté reservada, nada haré jamás por anticipar mi fin natural un solo momento!... Sirva esto de refutación á la farsa de suicidio que sus aduladores trataron de hacer creer que tuvo lugar en Fontainebleau.

Savary, á quien no habia tratado bien despues de su regreso de la isla de Elba, y que intentaba recobrar el aprecio de sus servicios sin reserva y por medio de la mas pertinaz y desinteresada fidelidad, le aconsejaba por su parte, no que se diese la muerte por su propia mano, sino que fuese á buscarla ante las descargas de la artillería que resonaban por toda la Francia.

Hallábase ya la Malmaison cercada por todas partes por las tropas de Blucher, el cual habia dicho á Wellington: «Como consiga hacerle prisionero, ¿podeis contar que le hago ahorcar al frente de mis columnas!» Aquel general, á quien animaba una energía salvaje, tardia en deseos de vengar á la reina de Prusia, y él mismo de los implacables golpes de Napoleon y del aniquilamiento de su patria; mas Wellington, que sabia respetar á sus enemigos haciéndoles la guerra, no podia menos de indignarse de tan vergonzosas represalias. El emperador, así que tuvo noticia de que el peligro avanzaba, mandó re-

conocer si los puentes de Bezons y de Pecq que defendian la Malmaison, estaban cortados, y resultando del reconocimiento hallarse practicables, los oficiales de su casa y las tropas al mando de Becker, adoptaron diferentes disposiciones defensivas en torno de su residencia, á fin de poder resistir á un golpe de mano, trascurriendo la noche toda en medio de tales agitaciones.

Serian las tres de la mañana, cuando los amigos que aun le quedaban en la Cámara de diputados, y en el gobierno, vinieron á anunciarle que los aliados se negaban á dar los salvoconductos y los pasaportes pedidos por Fouché; y que apenas le quedaria tiempo suficiente de librarse del cautiverio apelando á la fuga; mas á pesar de esto, todavia pidió le concedieran algun tiempo, prometiendo emprender su marcha en todo el dia.

El general Becker recibió orden de no permitirle volver atrás una vez que se hubiese alejado, y el comandante de marina en Rochefort recibió asimismo instrucciones previniéndole que no le permitiera volver á pisar el suelo francés despues de haberse embarcado para la isla de Aix.

Los historiadores han tratado de presentar esta orden y el conjunto de circunstancias que precedieron á la salida de Napoleon de la Malmaison, como otros tantos lazos tendidos por los miembros de la comision y por el mismo Fouché con el objeto de perderle; mas tales acusaciones se hallan desmentidas por los hechos. Vióse al gobierno, no solo desear, sino hacer todo lo posible por apresurar la marcha de Napoleon, que era un obstáculo á la vez para la paz, para la guerra, y para que el pais pudiese moverse libremente; desde su llegada al Eliseo hasta el 29 de junio. A aquellos diez dias perdidos por Napoleon en dar pábulo á sus ideas de dictadura, de abdicacion, en volver á poner sus miras en el imperio, en inventar dilaciones calculadas, en irresoluciones, en contestaciones con el gobierno y consigo mismo, le hubieran servido para proporcionarle los medios de una fuga con la mayor



seguridad. Es de notar tambien que una vez entabladas por el gobierno negociaciones por el enemigo triunfante, no le era posible mientras existian aquellos tratos ó quizá despues de terminados, permitir que Napoleon, única causa de la guerra, volviese á entrar en el mismo territorio que habia abandonado libremente, renovando en consecuencia la guerra despues de una capitulacion cuya primer condicion consistia en su alejamiento. No fué por cierto culpa de las Cámaras si Napoleon estuvo fluctuando por espacio de tantos dias entre todos los partidos, dejándose escapar el poder de las manos en París, permitiendo que el enemigo avanzase en masa y á marchas forzadas sobre la capital y que las tropas ligeras de Wellington y de Blucher, ocupasen á Compiègne, á Senlis, y sitiasen á la Malmaison.

Los miembros del gobierno tenian sobre sí una triple responsabilidad: libertar á las negociaciones de la persona y de la presencia del emperador; prevenir por su parte, despues de la abdicacion, cualquier tentativa de dictadura militar que volviese á poner en cuestion hasta la misma existencia de París y la integridad del territorio nacional; y por último, impedir que el emperador, hecho prisionero por el enemigo en la Malmaison, no apareciese como entregado por la Francia, teniendo en ese caso la paz por deshonrosa. En la ansiedad á que la obstinacion de Napoleon habia reducido el 29 de junio al gobierno, colocado como se hallaba bajo el fuego de los cañones del enemigo, no le quedaba evidentemente otro partido que tomar que el de poner al abrigo la persona de Napoleon en la isla de Aix, en disposicion de hacer uso de las fragatas que se le tenian preparadas y de los recursos para una evasion por mar que un partido le ofrecia, prohibiéndole hasta que verificase su embarque, el regresar al suelo continental de la Francia. Y no fué tampoco la perfidia del gobierno la que dilató su salida de la Malmaison por tanto tiempo, ni la que hizo que se

aumentasen las dificultades para una fuga; fué tan solo debido á su propia voluntad, hasta el punto de llegar á hacerse imposible como se va á demostrar. La historia no debe convertirse en eco complaciente y engañoso de las acusaciones de la familia y de los servidores de Napoleon, ni deshonrar á la nacion por lavar la mancha que un grande hombre se echó á sí mismo con sus irresoluciones de espíritu. Nadie hizo traicion á Napoleon durante las supremas circunstancias de su partida, mas que él mismo, que queriéndose aferrar mas y mas á la orilla, llegó á faltarle esta.

## XXVI.

Todavía trascurrió todo el dia 29 en vaga expectativa, en aguardar sin esperanza, en volver inútilmente los ojos hácia París y hácia todos los demas puntos del horizonte, en dar paseos por los jardines, en conversaciones con sus familiares, en continuas despedidas á su familia y amigos. A eso de las cinco de la tarde vinieron á avisarle que los dos carruages mandados preparar por el general Becker aguardaban ya en el parque. Abrazó entonces á la reina Hortensia que se deshacia en lágrimas, se despidió de los oficiales y soldados de su guardia por medio de un triste ademan, y conforme iba marchando por la avenida del parque á cuya estremidad se hallaban los dos carruages, volvióse diferentes veces para contemplar aquella grata mansion de su juventud, de su dicha y de su gloria, subiendo por fin en uno de los carruages con el general Becker, su gran mariscal de palacio, Bertrand y Savary. En otros dos coches que debian tambien dirigirse á Rochefort, aunque por diferente camino, marchaba su comitiva, compuesta de Gourgaud, de la esposa del general Bertrand y de sus hijos; de Mr. y de Mad. de Montholon, de Mr. de las Casas, de su jó-



ven hijo Manuel y una numerosa cohorte de criados. Napoleón, Becker, Bertrand y Savary habíanse quitado sus uniformes, y llevaban sencillos vestidos de viage á fin de no llamar la atención de los curiosos y evitar reuniones en el camino. Solo Gourgaud marchaba con su grande uniforme en una berlina de gala del emperador, con el objeto de que la atención del pueblo excitada por aquel lujo y aparato, se fijase únicamente en aquel carruaje, y evitar de este modo los peligros del camino, si la perfidia de los enemigos del emperador los hubiesen acaso preparado, ó bien si la espontánea emoción de los pueblos hacia á sus habitantes que se agolpasen hácia su señor.

Las poblaciones por donde Napoleón había forzosamente de pasar, apenas se hallaban pacificadas por completo de las insurrecciones realistas en contra suya, por cuya razón Becker deseaba precipitar la marcha todo lo posible, ya para asegurar cuanto antes el depósito que le estaba confiado, ya también para declinar en breve la responsabilidad que pesaba sobre su alma. Más al llegar á Rambouillet, Napoleón quiso pasar allí la noche, conservando siempre, aun en el camino para el destierro la ilusión que sostenía en su mente hacia diez días, sin poder llegar á persuadirse de que la Francia dejase partir á su héroe sin volver á llamarle. Durante el largo insomnio que sufrió en Rambouillet, su imaginación no se ocupó mas que de sus ilusiones de llamamiento del pueblo, del ejército, de las Cámaras acosadas, según él, desde su marcha de los mayores remordimientos y de un vivo deseo de detenerle. Pasó la noche prestando el oído con la mayor atención á cuantos rumores se dejasen sentir en la población, y haciendo ir diferentes veces al general Gourgaud á escuchar desde el camino de la Malmaison si en el silencio de la noche se sentía el ruido de los pasos de los correos que incesantemente aguardaba por aquella parte.

Excellmans, con efecto, había llegado en la noche del 29 á Vincennes con dos divisiones de dragones, siempre dominado de la misma idea que había ya comunicado al emperador por conducto de su ayudante de campo el coronel Sencier. Aquel general, lejos de desanimarse con la primera negativa de Napoleón, trataba de vencer su indecision, y al efecto confió su proyecto al general Doumesnil, comandante de Vincennes, que le anunció la marcha de Napoleón. Entonces Excellmans ya no pensó mas que en ilustrarse á sí propio por medio de un golpe de audacia contra los prusianos.

## XXVII.

Como durante aquella noche ninguna nueva se recibió de París, el emperador no consintió en abandonar á Rambouillet hasta el día siguiente, 30, al medio día. Hubiérase dicho que trataba de saborear hasta el último instante los recuerdos de su grandeza y del imperio que aquella augusta mansion le traía á la memoria. A eso del medio día emprendió la marcha hácia Chateaudun, donde se había estendido la voz de que Napoleón había perecido en un encuentro con los prusianos. Mientras mudaban los caballos fué reconocido por la muger del maestro de postas, que no desplegó sus labios, y derramó copiosas lagrimas al reconocerle. Atravesó despues á Tours y á Poitiers sin detenerse, y en Saint Maixent se vio rodeado su carruaje por un grupo amenazador, mas el general Becker consiguió abrirse paso por medio de un oficial de la gendarmeria á quien el tumulto atrajo á la plaza. Por fin, ya de noche llegaron á Niort. Napoleón, tranquilo respecto á su seguridad, al verse en una población en la cual había concentrado algunas tropas de observacion contra la Vendée, quiso detenerse